

LA TINTA ENTRE NOSOTROS

Silvia Labiano Macías

Mi corazón late velozmente contra mis costillas. Tan rápido, que empiezo a pensar que trata de salir de mi pecho. Las luces de los fluorescentes que iluminan el box número tres queman mis retinas, grabando a fuego y con claridad la escena que se desarrolla entre las cuatro paredes que nos rodean.

Miro a un lado y a otro y trago saliva, nerviosa. El sonido a mi alrededor es ensordecedor y, por mucho que desearía que desapareciera, no lo hace. Nunca lo hace. No hasta que el último aliento se cuele de entre los labios de la persona que se encuentra frente a nosotros, luchando por que otro más le siga.

A pesar de no conocer a la mujer que, ahora más que nunca, descansa entre las sábanas del hospital, sé que eso no va a suceder.

Dejo escapar un suspiro silencioso; hemos hecho todo lo que hemos podido, pero no ha sido suficiente. O, tal vez, haya sucedido justo lo contrario. Puede que, en este caso, «todo» haya sido demasiado y esto es precisamente lo que ella necesitaba.

No lo sé.

Sin duda alguna, el primer día en la unidad de cuidados intensivos es uno de los comienzos más duros que he vivido hasta el momento en mi profesión. Sobre todo, porque no esperaba encontrarme con una situación como esta nada más llegar.

Ni siquiera he podido presentarme a la mujer tendida sobre la cama. Y, mucho menos, conozco cómo se llamaba, ni por qué se encontraba aquí. Lo único que sé es que su cuerpo se encuentra lleno de magulladuras por lo que, tal vez, su ingreso se debiera a alguna caída o accidente.

Salgo del box en compañía de una de las enfermeras del turno de mañana, que se detiene frente a él junto a uno de los ordenadores. Echo un último vistazo antes de abandonar el lugar, que todavía se encuentra repleto de gente vestida con el característico uniforme del sitio.

La otra enfermera, tras presentarse como Marta, se sienta frente a la pantalla:

—Estoy segura de que te estás arrepintiendo de haber venido media hora antes de lo que te correspondía —comenta, al mismo tiempo en que centra su atención en el ordenador. No me da tiempo a contestar cuando suelta un quejido de frustración—. ¡Se me ha olvidado coger el libro!

—¿Qué libro? —pregunto, sin saber a qué se refiere.

—La paciente era enfermera de esta unidad. Se jubiló hace unos años —comienza a explicarme—. Guardamos una especie de álbum en el almacén en conmemoración de todos los trabajadores de la unidad cuando algo como esto sucede. Su familia trajo las fotos que ella quería que estuvieran en él hace unos días.

Asiento, ligeramente conmovida por la tradición de los profesionales.

—Me acerco al almacén y lo traigo enseguida —decido, al verla ocupada con el registro informático de lo sucedido.

—¿Sabes dónde está?

—No —respondo, alejándome de ella—. Pero, ya lo encontraré.

Por suerte, cada puerta se encuentra bien señalizada, por lo que encuentro el sitio sin tener que buscar demasiado. Desgraciadamente, es enorme.

Me llevo una mano a la frente, lamentando mi error; debería haberle preguntado a Marta dónde debía mirar.

Comienzo a buscar por los cajones más próximos al suelo, deduciendo que, al no ser algo que se utilice con frecuencia, se encontrará en uno de ellos. Abro el tercero, que desvela un gran libro de un color marrón oscuro y una caja metálica que se encuentra cerrada por un

candado. La miro extrañada, pero, sin pensar más en ello, comienzo a cerrar el cajón con el álbum en la mano. No obstante, un destello cegador que procede de un lateral de la caja me detiene. Deslizo mi mano hasta ella, palpando hasta que doy con una pequeña superficie con algo de relieve que contrasta con lo que hay a su alrededor: una llave pegada con esparadrapo.

Me siento en el suelo y dejo el pesado libro a un lado antes de vaciar el contenido del compartimento. Me detengo, analizando la situación durante un instante. Tal vez no debería hacer lo que estoy pensando. Pero, si nadie quería que los secretos del interior de la caja metálica fueran desvelados, esa llave no estaría ahí. Al menos eso pienso mientras la deslizo en la cerradura, revelando lo que hay en su interior: una pequeña libreta de un color rojizo desgastado y unas cartas algo arrugadas bajo ella.

Jugueteo con las cartas entre mis dedos, pensativa. Todas se encuentran abiertas, por lo que nadie se daría cuenta si les echara un vistazo... ¡No! Precisamente yo, que soy enfermera, debo saber que esto está mal; algo cerrado con llave se encuentra de esa manera por una razón. Las guardo de nuevo y echo un rápido y último vistazo por las hojas de la libreta. Parece que se trata de un diario.

Lo abro por el principio en busca de un nombre o algo que me ayude a saber a quién pertenece. En la primera página, con una caligrafía de ensueño, se encuentra escrito un nombre que no reconozco: Isabella Bianchi. Desde luego, no parece que sea de aquí. Diría, más bien, que se trata de un nombre de origen italiano.

Me lamento en silencio por haber decidido buscar más información, ya que esto solo ha aumentado mi curiosidad. Busco, con miedo e inseguridad por lo que estoy haciendo, la primera página redactada del diario. Cuando doy con ella y me encuentro de nuevo con la escritura de Isabella, olvido todo lo demás. No es solo su letra; la forma en la que une las palabras es preciosa. Sin darme cuenta, me atrapan desde la primera que leo.

2 de julio de 1979

Es el primer verano en el que mi tío Damiano, tras haber fallecido su esposa Dalila unos meses atrás, se encuentra completamente solo en su villa de la Toscana. Hace unas semanas que él también enfermó, por lo que apenas abandona su cama. Es por ello que mi hermano Edo y yo hemos dejado España atrás para cuidarlo a él y su propiedad. Hasta el momento el tío Damiano ha contado con la ayuda de Pasquale y Corinna, de la que ha tenido que prescindir debido a la gran pérdida de dinero que está sufriendo por sus servicios. Edo y yo somos los que, de cierta manera, les sustituiremos hasta que el tío Damiano se recupere y pueda hacer las tareas del hogar por sí solo.

Sé que no debería ser egoísta y que, ahora mismo, sentada en el autobús de camino a la estación, debería pensar tan solo en el tío Damiano y en su salud. Es lo único en lo que debería pensar en el tiempo en el que voy a pasar fuera. Sobre todo porque, si el tío Damiano pierde la villa, que sus vecinos desde hace años tanto desean arrebatarle, no le quedaría nada aquí, en su amada tierra.

No obstante, no puedo evitar que mi mente viaje a mi querido Miguel, que he dejado atrás con mi corazón en su mano.

Sin duda, no debería leer ni una sola palabra más. Miro el reloj en mi muñeca, dándome cuenta de que todavía quedan veinte minutos para que empiece mi turno.

Sin poder evitarlo, paso la página y continúo.

3 de julio de 1979

La llegada a la villa fue bastante costosa en todos los sentidos. El tío Damiano se encuentra peor de lo que pensábamos, a pesar de las advertencias del médico, ya que aquél

insistía en que no se encontraba tan mal. Todavía no se sabe con exactitud qué le sucede, pero está empeorando rápidamente.

Debido a ello, yo no soy la única atareada: Edo se ha dedicado el día entero a los campos y todavía tiene mucho trabajo por delante. Parece que así va a ser para ambos la vida de ahora en adelante.

Hacía mucho que no visitábamos la villa de la Toscana, por lo que había olvidado lo insoportable que puede llegar a ser la familia Ricci, la de la propiedad vecina. No es ningún secreto que desean que mi tío pierda la casa, pero ni siquiera tratan de disimular lo mucho que desean que su condición le impida vivir de manera independiente y tenga que venderla. Desgraciadamente, ellos disponen de ahorros para comprarla, por lo que nada les haría más felices que ampliar su propiedad.

Me he cruzado al hijo pequeño, que ya no lo es tanto, en la caminata nocturna de hace unas horas. No sé si me ha reconocido, ya que hace unos cuantos años que, tanto mi hermano como yo, no nos dejamos ver por aquí. Yo, no obstante, lo he reconocido de inmediato. Y, aunque siempre me ha parecido que el mayor era más agraciado, he de admitir que estos años le han hecho un gran favor.

Me detengo procesando lo que he leído hasta el momento. No sé si esto se trata de algún tipo de novela romántica o realmente es parte de la historia de Isabella Bianchi, pero tengo la sensación de que Miguel no va a ser el único hombre que forme parte de ella.

17 de julio de 1979

Por suerte y, aunque sea lentamente, el tío Damiano parece estar recuperándose. El brillo ha vuelto a su mirada y su rostro tiene un mejor color. Aun así, evito separarme de él

cuando Edo se encuentra fuera de la casa. O si lo hago, procuro estar en una habitación contigua a la suya, para poder escucharlo si necesita que lo ayude con algo.

Ahora que no se encuentra tan callado como a lo largo de los primeros días que estuvimos con él, no deja de mencionar a la tía Dalila. Es evidente que la echa mucho de menos. Después de todo, llevaban más de treinta años viviendo juntos en esta misma villa.

Lo cierto es que me duele escucharle hablar de ella, ya que me hace sentir culpable por no haberlos visitado más a menudo. Desgraciadamente, el viaje a Italia no es algo que mi familia y yo nos podamos permitir de manera frecuente.

Pensar en la tía Dalila también me hace volver a mi infancia, donde la recuerdo más vívidamente. Siempre fue una mujer estupenda, tan buena que cualquiera parecía malo a su lado. Se preocupaba por sus seres queridos incluso más que por ella misma.

Aún recuerdo su mirada, llena de orgullo, cuando le dije que iba a seguir sus pasos e iba a ser enfermera. Creo que no la he visto tan feliz como cuando finalmente lo conseguí.

Es doloroso escuchar al tío Damiano hablar de ella, de todo lo que me he perdido durante este tiempo, pero aún más doloroso sería que esos recuerdos se perdieran. Y, sobre todo, aún más doloroso sería para él guardarse dentro todos esos sentimientos. Por ello, por muy duro que sea oír hablar de la tía Dalila, lo hago; porque sé que eso es exactamente lo que el tío Damiano necesita.

Me alejo rápidamente de la libreta como si, de un momento a otro, el solo tocarla quemara mi piel.

Si lo descrito en el diario no es ficticio e Isabella Bianchi es una persona real, eso significa que, al igual que yo, es —o era— enfermera. Y, si la libreta se encuentra escondida en un cajón en el almacén de la unidad de cuidados intensivos es muy probable que trabaje aquí. De hecho, tal vez sea una de las compañeras que todavía no he conocido.

Me levanto del suelo de un salto, pero el diario me mira desde ahí. Resoplo porque, me conozco tan bien a mí misma, que no me sorprende ver que mi mano coge la libreta una vez más.

20 de julio de 1979

Tenemos un gran problema. Y, por suerte, no tiene nada que ver con la salud del tío Damiano, ya que se encuentra cada vez mejor. Este problema tiene nombre, Niccolò, que también es conocido como el pequeño de los Ricci. Aunque, yo prefiero llamarle ladrón.

Hace días que los árboles de nuestro jardín no dan ningún tipo de fruta, por lo que me he tenido que acercar al mercado a comprar algo que comer. Como acostumbro desde que llegamos a la villa, con la llegada de la noche, salgo a dar paseos alrededor de ésta. En más de una ocasión he visto al pequeño de los Ricci merodeando cerca de la suya, pero, por primera vez, lo he sorprendido colgado de uno de nuestros manzanos, guardándose todos sus frutos uno a uno. Más bien, lo he asustado, ya que nada más verme ha caído desde las alturas, impactando tanto él como las manzanas contra el suelo.

A pesar de que, tal vez, lo mereciera, la imagen de la forma en la que su pierna se ha doblado debido a la caída, junto con el grito desgarrador que ha salido de su garganta, me han atravesado el alma.

Con la ayuda de Edo, que ha salido a toda velocidad de la villa asustado por el alarido, hemos conseguido llevar a Niccolò hasta una de las habitaciones de invitados de la casa del tío Damiano.

He permanecido junto a él hasta que el médico ha llegado a la villa, aconsejando muy seriamente que no debe abandonar la cama bajo ninguna circunstancia. Ni la familia Ricci, ni la familia Bianchi han recibido la noticia con alegría. Pero, sin duda alguna, la enfermera

contratada a regañadientes por los propios padres del paciente es la que más derecho tiene a quejarse.

Es decir, Isabella Bianchi.

¿Por qué estás tan lejos, Miguel, cuando más te necesito?

27 de julio de 1979

Si hace una semana teníamos un gran problema, puedo afirmar con seguridad que el que tengo ahora es mucho mayor. Pasar tanto tiempo con el ladrón de Niccolò Ricci está afectando mi cabeza más de lo que imaginaba que lo haría. Pero, no de la manera en que pensaba. Sin duda, tengo un gran problema, porque no dejo de pensar en Niccolò y en lo que estoy comenzando a sentir por él.

Ni siquiera me he acordado de Miguel en los últimos días. No he pensado ni en lo que estará haciendo, ni en si me echará de menos. Porque, la triste verdad es que yo ya no lo hago.

No hay otra persona en la que piense que no sea el ladrón de Niccolò Ricci.

A pesar de que hayan pasado varios minutos, no dejo de releer la última frase de los pensamientos escritos de Isabella Bianchi.

«No hay otra persona en la que piense que no sea el ladrón de Niccolò Ricci»

Paso las páginas del diario, cada vez a una velocidad mayor, cuando me doy cuenta de que no hay nada escrito en ellas. Parece que la historia termina aquí.

Cuando voy a guardar de nuevo la libreta en su lugar de origen, recuerdo las cartas que se encontraban dentro de la caja. Como tan solo quedan unos minutos para que empiece mi turno y ya he mirado más de lo que debería, les echo un vistazo rápido, verificando que todas están firmadas por Niccolò. Puede que, su historia, más que terminar, tan solo acabara de empezar con esas palabras grabadas en papel.

De vuelta en la unidad, veo que Marta continúa frente al ordenador tecleando sin parar. El box número tres se encuentra más vacío que antes de mi visita al almacén. Aunque, ahora, dos hombres de mediana edad vestidos con ropa de calle se encuentran a cada lado de la cama. Ésta está cubierta por una sábana blanca. A pesar de eso, es fácil deducir que la paciente recién fallecida se encuentra bajo ella.

—¿Por qué ingresó en la UCI? —le pregunto a Marta, señalando el box con la cabeza y colocándome junto a ella.

—Por lo que nos contó su marido, que fue quien la encontró, se cayó de lo alto de la escalera cuando iba a recoger manzanas de uno de los árboles de su jardín —no puedo evitar fruncir el ceño cuando escucho sus palabras. Mi compañera asiente, creyendo entender mi reacción—. Cuando se llega a una edad hay que tener cuidado con lo que se hace. Ya ves que una simple caída como esta puede ser mortal.

Ni siquiera me molesto en entender lo que dice porque, de nuevo, mi corazón comienza a latir desenfrenado.

—¿Cómo has dicho que se llamaba la paciente?

Coge el libro de entre mis manos y pasa las páginas hasta que se detiene donde ella desea. Me tiende el libro y me extiende una foto, que cojo con la mano libre. Observo a la mujer que sale en ella junto al que deduzco que es su marido; uno de los hombres en la habitación. El otro, debe de ser su hermano.

—Su nombre era Isabella Bianchi.